

Páginas rescatadas

A cargo de Jorge Domingo Cuadriello

En esta sección que ahora inauguramos nos hemos propuesto recuperar textos dados a conocer en décadas pasadas, pertenecientes a autores cubanos, que de algún modo mantienen un mensaje perdurable, ya sea a través de enseñanzas éticas, de valiosas apreciaciones acerca del futuro de Cuba o de un llamado a la espiritualidad de raíz cristiana. No será nuestro propósito exponer interpretaciones sobre esos textos, escritos bajo circunstancias muy diferentes de las actuales y destinados a un público ya desaparecido. Sólo nos anima un impulso similar al de Cintio Vitier y Fina García Marruz cuando llevaron a cabo su bella compilación *Flor oculta de poesía cubana* (1978). Ellos salvaron del olvido poemas dispersos que merecen perdurar. Nosotros rescataremos páginas que consideramos dignas de ese destino.

LA MEJOR CUBA

Por ANDRÉS NÚÑEZ OLANO

No diré que me llevó a la iglesia un sentimiento religioso: aunque católico, creyente en Dios y respetuoso de las cosas eclesiásticas, disto de ser un practicante: fui sencillamente por acompañar a mi hermana; no me costaba trabajo alguno y me ayudaba a hacer la digestión de la cena de Nochebuena -porque oír la misa del gallo era una experiencia extraviada en alguna esquina del tiempo que quizás no sería ingrato renovar. Y fui también porque desde hacía muchos años no había visto la iglesia de mi pueblo y entrar de nuevo en ella sería como retroceder y reencontrar al niño y al adolescente extraviado igualmente en quien sabe que recodo del camino.

Era, en efecto, la misma iglesuca de mis años mozos, con su nave única; su techo de vigas apuntaladas aquí y allá por tirantes de hierro enmohecidos; su piso de baldosas blancas y negras -tablero de ajedrez del que los fieles fuesen sus piezas-; sus modestos altares; sus imágenes ingenuas; sus bancos incómodos; sus campanas destempladas; sus paredes leprosas -la iglesuca de mis años mozos, ahora valetudinaria, descolorida, lámina de libro viejo, pero grata, acogedora en su pulcritud de viejecilla remendada. Y era también casi la misma gente de mis años remotos, porque allí estaban presentes muchos que conocí mayores

y ahora veía ancianos y otros que me son contemporáneos.

Podría decir también que era la misma misa, que no en vano la gran fuerza de la iglesia es vivir bajo especies de eternidad. Pero había algo distinto: el sacerdote no era aquel buen viejecito que alentó mis aficiones tempranas facilitándome los libros de su enjuta biblioteca, sino otro -un joven cubano, probablemente ordenado no ha mucho, pero imbuido ya de la responsabilidad de su ministerio y entregado al ejercicio del mismo con una suave autoridad pastoral. Y no fue tampoco la misa corriente, sino una cantada por un grupo de jovencitas congregadas en lo alto de un coro vetusto, junto a un órgano venerable, como alondras en un alero.

No: no me llevó a la iglesia un sentimiento religioso. Pero a medida que avanzaba la misa; que observaba la tranquila dignidad del sacerdote, la fe sencilla y comunicativa de la pequeña muchedumbre de fieles; que oía bajar del alto coro, como en oleadas, la música del órgano y las claras voces juveniles, y percibía en el ambiente como un aroma de limpieza, fui sintiendo que allí ocurría algo que no había esperado; que aquello tan humilde, tan sencillo, constituía, frente a la creciente subversión de valores que aqueja a nuestros tiempos, la afirmación de la persistencia de un valor fundamental: esa parte

sana, ingenua, limpia que todo pueblo atesora como su mejor reserva -lo que lo salva de morir definitivamente.

Fue, digo, algo inesperado, que percibí como en un deslumbramiento y barrió mis dudas no solo acerca de la condición humana sino también del futuro de Cuba. Un pueblo que todavía puede creer no es un pueblo perdido. Y si no fue, un sentimiento religioso lo que me llevo a oírlo, debo, no obstante, agradecerle a la Misa del Gallo en la iglesia de mi pueblo, esa afirmación de la fe; el haberme ofrecido la confortadora revelación de que aún queda mucho sano en nuestro país; de que todavía poseemos ese fondo limpio, sólido, puro, que preserva a los pueblos de la caída irremediable; de que allí, en aquella iglesia de pueblo, en fin, estaba humildemente, calladamente, firmemente, sólidamente, una parte de Cuba en que aun puede confiar la esperanza y que me atrevo a considerar la mejor.



ANDRÉS NÚÑEZ OLANO (Unión de Reyes, Matanzas, 1900 - La Habana, 1968). Periodista y poeta. Fue redactor de importantes publicaciones como *El Figaro*, *Bohemia* y *Carteles*, integró junto a otros jóvenes intelectuales el Grupo Minorista y divulgó sus poemas en la prensa; pero no llegó a publicar libro alguno. Su soneto "El recuerdo inefable" ha disfrutado, sin embargo, del elogio de la crítica. El presente artículo, dado a conocer en el diario *El Mundo* el 30 de diciembre de 1954, recibió al año siguiente el segundo premio en el Concurso de Periodismo "Juan Gualberto Gómez".